

FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

EL TORBELLINO ROJO

Auge y caída del Partido Comunista de España

ÍNDICE

<i>Introducción. «Venimos de lejos...»</i>	9
<i>Avatares de un actor del siglo</i>	10
1. MAPAS EN BLANCO	17
¿Quién manda aquí?	20
Rastreando señales de vida	27
La vanguardia fatigada	30
2. LA INICIACIÓN	43
«¡Cuántos amigos hemos perdido por culpa del modo de producción asiático!»	52
La organización	57
En busca de refugios	65
Panóptico policial	68
3. TALENTO NEGRO	77
Una vida en la tempestad	78
Reconstrucción	84
Así se destempló el acero	92
El enemigo estaba dentro	103
4. LA CECA DEL DIABLO	107
«Veinticinco pesetas para juergas»	111
Las empresas-tapadera	117
<i>Go East!</i>	118
Una roja fábrica de sueños	131
Comerciendo con el diablo	136
El marxismo-ladrillismo	141
5. LA GUERRA NO HABÍA TERMINADO	145
El reverso tenebroso	151
La pedagogía del terror	161

Ya no se muere en Madrid	176
Una reparación insospechada	184
6. COMO LA ESPUMA LUCHA CON LA ROCA	187
De la HNP a la Acción Democrática	195
La gran barrera	204
La lucha armada, un remoto ejercicio de melancolía	211
7. CUANDO TODO PARECÍA POSIBLE	223
La galerna de huelgas	227
Hacerse visibles	232
En el radar de Washington	236
Todos los caminos salen de Roma	247
8. EL GIRO DEL MOLINO	253
Cambio de ciclo	254
En un lugar de la Alcarria	258
¡A las elecciones!	265
9. CUANDO A TESEO SE LE ENREDÓ EL HILO	287
El interior y «los de París»	288
El acelerador y los frenos	291
<i>Good bye, Lenin!</i>	299
El sol se puso por el este	307
10. ¿DEL PASADO HAY QUE HACER AÑICOS?	321
De la triple escisión a la reunificación truncada	323
La controvertida figura de Santiago Carrillo	334
<i>Epílogo</i>	339
<i>Notas</i>	345
<i>Archivos</i>	391
<i>Bibliografía</i>	393
<i>Índice alfabético</i>	405

INTRODUCCIÓN

«VENIMOS DE LEJOS...»

Corría 1930 cuando Kurt Weill y Bertolt Brecht estrenaron en Leipzig su ópera *Auge y caída de la ciudad de Mahagonny*, una parodia sobre los vaivenes de la fortuna y la fragilidad de las lealtades. Un adaptador contemporáneo podría llevar a escena una versión de aquel drama expresionista, urdido a cuatro manos por un compositor judío y un dramaturgo comunista, valiéndose del relato de la ondulación expansiva y depresiva, con apoteosis dramática, que experimentó el PCE en la segunda mitad del siglo xx.

Lo ocurrido con la principal organización antifranquista bien da, no ya para un seminario, sino para todo un grado en el campo de la politología. En junio de 1977, más de cien mil personas reunidas en la campa de Torrelodones, en el cierre de la primera campaña electoral, enronquecieron bajo una improbable lluvia mientras coreaban con arrogancia: «¡Aquí se ve / la fuerza del PCE!». Solo un lustro más tarde, la noche del 28 de octubre de 1982, los desolados interventores que acudieron a la sede de la calle de la Santísima Trinidad para constatar la magnitud de la debacle electoral arrojaban las credenciales sobre las mesas como los restos de un naufragio.

¿Qué ocurrió para que el partido que hizo bandera de la reconciliación nacional y logró generalizar su uso en la conversación civil durante la Transición, sucumbiese justo cuando se daba por clausurada la pugna guerracivilista? ¿Cómo fue el itinerario entre las etapas de la heroicidad, la esperanza y la derrota? ¿Qué pasó para que la fuerza cuya legalización se considerara piedra de toque de la sinceridad del proyecto reformista dilapidara en tan poco tiempo el capital político acumulado durante décadas? ¿Qué tensiones desarbolaron a aquel colectivo humano, capaz de la mayor abnegación en la lucha clandestina, al llegar a la estación término

de la democracia? Estas son algunas de las cuestiones a las que intenta responder el presente trabajo. El libro que el lector tiene en sus manos es la última parte de una tetralogía que comenzó con el estudio del PCE durante la guerra civil,¹ siguió con el análisis de su reconstrucción bajo el primer franquismo² y continuó describiendo sus actividades en el exilio francés.³ Esta última entrega arranca a finales de la década de 1950 —el momento en que empezó a dejarse atrás la travesía del desierto provocada por la gran caída de 1947— y llega hasta la implosión que a mediados de los ochenta puso fin, de acuerdo con Vázquez Montalbán, a lo que podría denominarse el PCE «histórico».⁴ No es un relato cronológico al uso. Cada capítulo parte de un acontecimiento específico que se inserta en un contexto para profundizar en las tendencias de larga duración que marcaron la historia del comunismo español en la segunda mitad del siglo xx. Pero como toda narración pide un principio, sirva el siguiente resumen a modo de introducción.

AVATARES DE UN ACTOR DEL SIGLO

El «corto siglo xx»,⁵ en la ya clásica definición de Eric Hobsbawm, quedó horquillado en su inicio por la Revolución de Octubre (1917) y por la implosión del sistema soviético (1991) en su ocaso. El paso del tiempo ha depositado capas de polvo, restos de estatuas rotas y materiales heterogéneos sobre el mosaico labrado por aquellas generaciones cuyo afán fue izar sobre la tierra los dos pilares maltrechos de la vieja tríada revolucionaria —la Igualdad y la Fraternidad— en el fragor de una era de catástrofes. Hubo un tiempo en que quienes cuestionaban radicalmente el orden existente no se refugiaban en las reconfortantes certezas perdidas de un pasado mistificado, sino que se organizaban para la consecución de un futuro mejor. El ciclo de la Ilustración todavía no había claudicado ante la melancolía reaccionaria y existía una confianza ilimitada —pronto se comprobó que dispuesta a ser frustrada desde muchos flancos— en las virtudes del progreso. Para conocer la trayectoria inicial del Partido Comunista de España (PCE), uno de los protagonistas del Novecientos español, es necesario tener en cuenta ese impulso originario.

El PCE nació en 1921 de la confluencia entre veteranos desengañados del viejo reformismo socialista y jóvenes con ansias de revolución. El *tiempo largo* de su historia estuvo marcado por un condicionante que dejó una huella indeleble en su cultura: tres cuartas partes de su existencia contabilizada entre 1920 y 1977 —con la excepción del breve intervalo de la Segunda República— transcurrieron en las catacumbas. Eso, qué duda cabe, imprime carácter. En sus albores, fue un partido marginal, minoritario, con equipos dirigentes inestables y con dificultades para hacerse un hueco entre los dos gigantes del movimiento obrero español, el socialismo histórico (PSOE/ UGT) y el anarcosindicalismo (CNT). A ello hubo que añadir los efectos desconcertantes de los erráticos giros estratégicos imprimidos por la Komintern, quien, si hasta 1923 había creído en la posibilidad de una inminente revolución mundial, pasó desde entonces a defender el baluarte soviético y «el socialismo en un solo país».

El viraje del PCE a posiciones protagonistas se inició con el giro de 1935, aunque ya desde 1933 había adquirido cierta visibilidad al calor de las luchas sociales motivadas por el lento desarrollo de las reformas gubernamentales y el obstruccionismo de las viejas clases dirigentes. La frustración popular crecía en proporción inversa a las esperanzas depositadas en la redención social prometida por el nuevo régimen implantado en 1931. Diversos intelectuales de izquierda, llegados a España al calor de la experiencia republicana —como Ernst Toller,⁶ socialista de izquierda, dirigente de la República de los Consejos de Múnich—, o en misión informativa —el corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, el escritor Ilyá Ehrenburg o el articulista de *La Correspondencia Internacional*, el poeta Paul Nizan— levantaron acta de ello. Koltsov y Ehrenburg redactaron dos antologías canónicas de los postulados del periodo de «clase contra clase»,⁷ proporcionando munición a los comunistas españoles que enarbolaban consignas contra la República burguesa y a favor de los soviets. Nizan escribió en tiempos frentepopulistas. En su viaje por «los *koljoses* de la provincia de Toledo» palpó cómo lo viejo y lo nuevo se entremezclaban en el imaginario campesino y los jornaleros expresaban sus afanes revolucionarios mediante las viejas fórmulas de respeto social: «En una aldea, vi esta inscripción sobre una pared: ¡Viva Don Lenin! Un campesino me dijo: Don Lenin tenía razón».⁸